

January 2013

Teología y educación: un diálogo pertinente para el hoy

Amparo Novoa Palacios

Sociedad de Hermanas Auxiliadoras., amnovoa@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ap>

Citación recomendada

Novoa Palacios, A.. (2013). Teología y educación: un diálogo pertinente para el hoy. *Actualidades Pedagógicas*, (61), 175-190. doi:<https://doi.org/10.19052/ap.2337>

This Artículo de Investigación is brought to you for free and open access by the Revistas científicas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Actualidades Pedagógicas by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

Teología y educación: un diálogo pertinente para el hoy*

Amparo Novoa Palacios, S. A.

Sociedad de Hermanas Auxiliadoras.

amnovoa@unisalle.edu.co



Resumen: este artículo es el resultado de la reflexión con los estudiantes de quinto semestre de la Licenciatura en Educación Religiosa, Lucila Ramírez y Cristian Salamanca, quienes se han interesado por investigar en teología y educación, que más allá del interés por cursar una materia, se animaron a una reflexión seria y profunda.

Palabras clave: teología, educación, diálogo, pertinencia.

175



Recibido: 27 de noviembre del 2012
Aceptado: 15 de enero del 2013

* Este artículo es resultado de la investigación que se hizo con los estudiantes que cursaron la materia Teología de la Educación del II Semestre del 2012.



*Theology and Education: a
Relevant Dialogue for Today*

Abstract: This article is the result of a reflection with fifth semester students from the Religious Education Program, Lucila Ramirez and Cristian Salamanca, who were interested in investigation in theology and education and who, aside from their interest in taking a subject, were encouraged to do some serious and deep thinking.

Keywords: Theology, education, dialogue, relevance.



*Teologia e educação: um diálogo
pertinente para o hoje*

Resumo: este artigo é o resultado da reflexão com os estudantes de quinto período da Licenciatura em Educação Religiosa, Lucila Ramírez e Cristian Salamanca, que têm se interessado por pesquisar em teologia e educação, que muito além do interesse por cursar uma matéria, se inclinaram a uma reflexão séria e profunda.

Palavras chave: teologia, educação, diálogo, pertinência



Introducción

Fruto del caminar académico de un semestre, se presenta a continuación el artículo “Teología y educación: un diálogo pertinente para el hoy”, resultado de la reflexión con estudiantes¹ que se han interesado por investigar en este campo y que más allá de intereses por cursar una materia, se animaron a una reflexión seria y profunda.

Durante el proceso de estudio se descubre la necesidad imperante por encontrar mecanismos de diálogo entre la teología y la educación en un contexto continental y local. Con este interés se presenta la siguiente reflexión a partir de tres partes. La primera plantea una comprensión de la teología y de la educación, teniendo presente algunos elementos fundamentales que posibilitan una comprensión pertinente. Acto seguido, se plantean algunos argumentos que buscan justificar la necesidad de un diálogo entre la teología y la educación a partir de la realidad antropológica y del aporte de la antropología filosófica, disciplina que plantea la pregunta fundamental *¿qué es el ser humano?*, la cual incentiva a las ciencias humanas y, en este caso, a la educación y a la teología a buscar respuestas que den sentido a la existencia humana. En últimas, se trata de encontrar el sentido que tiene la teología en el campo educativo e igualmente el sentido que tiene la educación en el campo teológico y esto se descubre en la matriz común a los dos campos como es la antropología. Y para finalizar, se plantea algunas ideas a manera de conclusión, con una mirada prospectiva que invita a posteriores reflexiones en este campo.

¹ Del quinto semestre del Programa de Licenciatura en Educación Religiosa. Sus nombres son: Lucila Ramírez y Cristian Salamanca.

Una comprensión de educación y teología

Cuando se habla de educación da la impresión de que es un asunto que hay que dejar al Estado, al Ministerio de Educación o a instituciones que se dedican a dichas tareas, olvidando que es un aspecto que tiene que ver con la vida de hombres y de mujeres, que viven en un contexto social determinado. Por esta razón, se ve pertinente en la actualidad recuperar el sentido que tiene la educación con la vida diaria, en especial con el campo religioso, político, cultural, ético y académico. Para este fin se hará una aproximación a la etimología de la palabra educación y luego se profundizará sobre algunos aspectos que atañen a su comprensión.

¿Qué es educación?

Para iniciar es fundamental plantear qué entendemos por educación, ya que de la idea que se tenga de la realidad educativa dependerá el tipo de teología que se necesite seguir investigando para lograr hablar de una teología de la educación.

178 ■ La palabra educación proviene del latín *educare* que significa nutrir, alimentar, criar. Pero también tiene relación con la palabra *educere* que significa sacar, llevar o conducir desde dentro hacia fuera. De aquí se infiere dos sentidos etimológicos del concepto *educación*, por un lado, se puede entender la educación como un proceso de acrecentamiento (*educare*) que viene de fuera, es decir “supone que en cuanto educable el ser humano requiere de la creación de condiciones externas que hagan posible su desarrollo” (Gaitán, 2001, p. 31) y, por otro lado, se puede comprender como encaminar las disposiciones que hay en el sujeto que se educa, es decir, la educación “debe trasladarse cada vez más al interior de quien se educa” (Gaitán, 2001, p. 32); de este modo se apela a una educación auténtica o autoeducación. Estas dos concepciones de la educación son las que han estado en juego durante largo tiempo.

Desde el contexto del siglo XXI ya se vienen proponiendo algunas comprensiones de educación más integrales, que tienen en cuenta la sociedad, la cultura, el desarrollo de la persona. Sin embargo, no se puede negar la complejidad que encierra este concepto en el momento de quererlo definir, pues es claro que no existe una sola definición de *educación* (Ruiz, 2011, p. 47). No obstante, en este caso, se apela a una definición de educación que haga énfasis en la formación integral de los individuos y que atienda a los desafíos que actualmente la realidad plantea en este campo.

Cuando se habla de la *educación* se hace referencia a un proceso exclusivamente humano, pues se refiere a la persona en todas sus dimensiones. Al ser un proceso implícitamente encierra un fin, un perfeccionamiento, que es la acción del propio sujeto sobre sí mismo, es decir, autoeducación, que en palabras de Gadamer significa que cualquier acción exterior únicamente cobra sentido si genera autoeducación, si afecta al sujeto; sin embargo, su apreciación sabia sobre la educación va más allá al afirmar que “la educación es educarse” (Gadamer, 2000, p. 11) y no adaptarse es “un proceso natural que, a mi parecer, cada cual acepta cordialmente procurando entenderse con los demás” (Gadamer, 2000, pp. 35-36); es decir, se trata de una coeducación recíproca:

Coeducar implica acercarse a la educación con una mirada sensible a la diversidad humana. Se trata de un proceso intencionado de intervención que potencia el desarrollo de mujeres y hombres. Implica darse cuenta de que existen niñas y niños, chicas y chicos, identidades y personas diversas que tienen realidades diferentes, se han socializado de manera distinta y experimentan sus vivencias y aprendizajes de forma singular. Coeducar supone reconocer las diferencias para valorarlas en una sociedad en la que las personas puedan realizarse y desarrollarse libremente, y también para paliar las desigualdades y conseguir una equidad en derechos y oportunidades. (Mirabilia, 2011, p. 21)

179

Cuando se comprende la educación desde la coeducación se evidencia que el otro(a) es un referente singular e indispensable para el desarrollo de la propia identidad. En este sentido, la dimensión relacional del ser humano posibilita una dinámica de aprender de otros(as) y enseñar a otros(as), lo cual es importante para la transmisión de la cultura de una generación a otra. De este modo, se puede comprender la educación como un proceso, una acción de comunicación, socialización, de intencionalidad que está orientada a cultivar la persona. En consecuencia, la educación es “todo proceso permanente dirigido a la optimización de la persona en el ser, el conocer, el hacer y el convivir” (Ruiz, 2011, p. 47).

La educación es *proceso* porque implica el actuar de la persona consigo mismo y con los demás. Esta acción procesual acontece a lo largo de toda la vida y se orienta al desarrollo integral de todas las capacidades humanas, por ello debe ser permanente (Ruiz, 2011, p. 48). Al concebir de este modo la educación se busca responder a las transformaciones constantes que en el mundo acontecen. Así lo expresa la Unesco:

La educación durante toda la vida se presenta como una de las llaves de acceso al siglo XXI. Esta distinción va más allá de la distinción tradicional entre

educación básica y educación permanente, y responde al reto de un mundo que cambia rápidamente. (Delors, 1996, p. 21)

El camino que permite lograr óptimamente dicho proceso debe tener en cuenta cuatro pilares o aprendizajes fundamentales que posibiliten el conocimiento a lo largo de toda la vida (Delors, 1996, pp. 95-109); estos son:

1. *Aprender a conocer*: como medio consiste en aprender a conocer el mundo que lo rodea para vivir con dignidad, desarrollar sus capacidades profesionales y comunicarse con los demás. Como fin es el placer de comprender, de conocer y de descubrir. Desde este pilar es necesario que cada persona pueda acceder de forma adecuada al razonamiento científico y convertirse para toda la vida en amigo de la ciencia. Aprender a conocer implica aprender a aprender ejercitando la atención, la memoria y el pensamiento. Aquí la persona adquiere los instrumentos de la comprensión.
2. *Aprender a hacer*: la educación debe orientarse a capacitar a la persona para enfrentar la realidad en sus diversas situaciones y debe aprender a trabajar en equipo. Este aspecto hace de la persona alguien que puede influir sobre el entorno para transformarlo.
3. *Aprender a vivir juntos*: la educación está llamada a fomentar la participación y la cooperación con los otros(as), en el conjunto de actividades que realiza con el fin de promover humanidad y vida, y no autodestrucción. En este sentido, la educación debe enseñar la diversidad de la especie humana y debe favorecer el respeto y acogida a lo diferente desde el descubrimiento del otro(a) a partir del autoconocimiento.
4. *Aprender a ser*: se debe capacitar a todos los seres humanos a un pensamiento autónomo y crítico para que en los distintos momentos de la vida pueda elaborar sus propios juicios de valor y tome la opción que más le convenga en términos de libertad.

Estos cuatro aprendizajes fundamentales implican:

Un proceso dialéctico que comienza por el conocimiento de sí mismo y se abre después a las relaciones con los demás. En ese sentido, la educación es ante todo un viaje interior, cuyas etapas corresponden a las de la maduración constante de la personalidad. En el caso de una experiencia profesional positiva, la educación, como medio para alcanzar esa realización, es, pues, a la vez un proceso extremadamente individualizado y una estructuración social interactiva [...] los cuatro

pilares de la educación [...] no pueden limitarse a una etapa de la vida o a un solo lugar [...] es necesario replantear los tiempos y los ámbitos de la educación, y que se complementen e imbriquen entre sí, a fin de que cada persona, durante toda su vida, pueda aprovechar al máximo un contexto educativo en constante enriquecimiento. (Delors, 1996, p. 108)

En síntesis, se puede afirmar que la educación es un proceso que se da a lo largo de la vida con el objetivo de aprender a conocer, aprender a hacer, aprender a convivir y aprender a ser. Todos estos aspectos implican un conocimiento de sí mismo para adquirir una comprensión del otro(a) en términos de justicia, libertad, igualdad y solidaridad. Para este fin, la teología puede ayudar a su cumplimiento.

¿Qué es teología?

Teología es literalmente estudio de Dios (del griego θεός, *theos*: Dios; λογος, *logos*: estudio). Es el estudio que trata sobre la naturaleza y los atributos de Dios (RAE). Sin embargo, la teología puede ser definida como la ciencia de la fe. Su función consiste en intentar explicar, consciente y metódicamente, la revelación divina. La teología trata, según la definición tradicional, de Dios, de su existencia, su naturaleza y atributos, así como de su relación con el mundo y de las posibilidades con que los hombres y las mujeres cuentan para comunicarse con Él o acceder al conocimiento de su esencia de alguna manera.² Pero ciertamente, cuando se amplía esta comprensión desde un punto de vista más científico o disciplinar se evidencian dos aspectos que la estructuran y la definen. El primero considera la revelación como su principio objetivo y el segundo aspecto versa sobre la función natural de la fe y, por ende, aspecto integrante de la condición humana, el cual se constituye en su principio subjetivo:

Si la revelación es el “principio objetivo” de la teología, la fe es su “principio subjetivo”. Ahora bien, originalmente la fe no es un sentir, ni un saber, ni tampoco un obrar, sino un nuevo “modo de existencia”. Solo después de la fe se articula en sus distintas dimensiones [...] Dimensión experiencial Corresponde a la fides qua. Desde el punto de vista antropológico la fe es, en primer lugar, la experiencia del Misterio [...] Dimensión cognitiva Es la fides quae, la fe que se hace lenguaje y que busca ser verdadera, correcta [...] Dimensión práctica Es la “fe que obra por la caridad” (Gál 5,6), la fe informada por el amor y por sus obras [...] La fe constituye, según cada una de estas dimensiones, la fuente de toda la teología. (Boff, 2005, pp. 866-867)

² Véase <http://www.taringa.net/posts/info/10226688/Teologia.html>.

Si la fe se comprende como un *modo de existencia* que se vive desde la experiencia, la palabra y la acción, la revelación es “la comunicación de Dios como espíritu al espíritu del ser humano” (Baena, 2011, p. 232), es decir, es el Dios que se autocomunica al espíritu del ser humano (Baena, 2011). Esta revelación si acontece en el ser humano también sucede en la historia, por eso se comprende como un acontecimiento histórico que implica al objeto revelado que es Dios y al ser humano que la recibe (Baena, 2011, p. 233). Por lo tanto:

La revelación primigenia o esencial en un *encuentro vital* entre la posición del ser absoluto, como acción creadora, que es voluntad y la decisión libre del hombre de existir, por medio de sus operaciones intencionales categoriales y en un medio de responsabilidad comunitaria, como interpretativas de esa posición del ser absoluto. (Baena, 2011, p. 233)

Este encuentro trascendental entre Dios y el ser humano, que es un “estado dinámico e intersubjetivo” (Baena, 2011, p. 257), posibilita en el hombre y en la mujer la realización plena de todas sus etapas vitales que deben manifestarse en la comunidad:

182

La comunidad no es solamente un número de hombres que viven dentro de unas fronteras geográficas. Es la realización de una significación común [...] Así como solo en el interior de las comunidades se puede concebir, engendrar y educar a los hombres, así también solo haciendo referencia a un conjunto de significaciones comunes, puede el individuo crecer en experiencia, comprensión y juicio, y llegar a encontrar por sí mismo que debe decidir por sí mismo lo que ha de hacer de sí mismo. (Lonergan, 1994, p. 82)

Es así como la revelación manifiesta la presencia de Dios en la vida cotidiana, llenando de sentido la búsqueda humana, que hace necesaria una recuperación de su *presencia* en la historia y que urge “levantarla del polvo y erigirla sobre esta hora de gran zozobra [...] Tan solo con que aprendiéramos a decir de qué hablamos cuando hablamos de Dios, experimentaríamos realmente lo que se pierde cuando se deja de hablar de él” (Velasco, 2004, p. 107), por ello se hace necesario hoy recuperar el rostro de esta *presencia* mediante la palabra:

Una palabra de nuestro lenguaje, utilizada en los más variados contextos y con los más variados significados y que puede llegar a convertirse en interjección, en lugar común, en frase hecha, en recurso estereotipado. Pero para que esta palabra recobre el brillo que le corresponde, basta que paremos mientes en su extraordinaria importancia en la vida humana y en la historia. Incontables

hombres y mujeres han muerto con ella en los labios, y otros tantos han muerto por ella. También hay que reconocerlo, se ha matado por Dios y en su nombre. Se ha puesto debajo de las obras culturales humanas más excelsas, hasta el punto de “divino” es sinónimo de “sublime” aplicado a las grandes obras y a sus autores. Se ha recurrido a ella —porque las ha motivado— para las obras más generosas de servicio y entrega de sí mismo. (Velasco, 2004, p. 106)

Es una realidad que apremia recobrar en diálogo con la educación, cuyo cometido consiste en trabajar para que el ser humano desarrolle toda su humanidad en clave del ser, conocer, hacer y convivir, aspectos que pueden llegar a una mejor realización si tienen en cuenta a Dios desde la situación antropológica, como realidad trascendental que llena y motiva a seguir caminando en la historia con sentido.

Es así como la teología se constituye para la educación en una propuesta de sentido para la vida que incentiva a trascender los intereses personales e individuales para acoger lo colectivo y su bien común. Motiva a superar los intereses de la propia raza humana para defender la tierra, nuestro *Oikos* como un *sujeto sufriente*. Ayuda a trascender la propia condición social y cultural por medio del sentido crítico; mueve a trascender las propias creencias para acoger la diversidad religiosa (Sanches, 2012, pp. 273-292). Apuesta por la construcción de una humanidad que pueda vivir su libertad y autonomía con responsabilidad. Valora al ser humano desde perspectivas integrales rechazando lecturas antropológicas dualistas, dicotómicas y jerárquicas. Promueve una actitud de esperanza que posibilita pensar el futuro, mientras transformamos el presente. Sugiere que la educación solo tiene sentido cuando ella se orienta a cultivar el ser, el conocer, el hacer y el convivir de la persona como única garantía para visibilizar su dignidad y su pleno crecimiento y maduración en la sociedad.

Teología y educación: diálogo antropológico

Para establecer el diálogo entre teología y educación es necesario ir a la pregunta antropológica fundamental *¿qué es el ser humano?*, la cual ha incentivado a muchas ciencias, en especial, a las ciencias humanas, a un estudio exhaustivo que ha producido una gran cantidad de datos tratando de acercarse a una respuesta abarcante a la totalidad humana. En la actualidad, no cabe duda de la ineludible superación de estos fragmentos conceptuales que dejan aún abierto el paradigma de lo humano. Algunos autores consideran que el camino por seguir es el diálogo interdisciplinar de los diferentes

estudios antropológicos hechos hasta hoy, lo cual motiva y abre expectativas de hallar una respuesta satisfactoria a la pregunta en cuestión. De ahí, la propuesta del presente artículo: teología y educación: un diálogo pertinente para el hoy.

Común a estas dos disciplinas (educación/teología) es la realidad antropológica. No es desconocido que el concepto *antropología* es un término polivalente, ya que presenta diversidad de definiciones al mirarlo desde las distintas ciencias que se acercan al ser humano, tales como: la sociología, la biología, la psicología, la medicina, la filosofía, la historia, la educación, la teología, entre otras. Todas y cada una de ellas han querido dar respuesta desde el pasado al asunto permanente sobre el ser humano y la humanidad en general. Específicamente, la filosofía ha dado un aporte significativo, así como el diálogo entre educación y teología desde lo antropológico que no se puede desconocer.

La filosofía antigua se planteó la pregunta sobre el *ser* de los humanos. Las religiones y las culturas antiguas también han querido dar su aporte, muchas veces recurriendo al mito como forma de encontrar respuesta a esta pregunta. También las innumerables expresiones de creaciones artísticas, normas, valores y formas de convivencia que configuran la vida personal y social. Por lo tanto, si la educación y la teología desean continuar con su discurso antropológico deben definir sus lugares propios de estudio, dejarse interrogar por la crisis del humanismo actual y mantener un constante diálogo interdisciplinar. Esto implica de cada disciplina un respeto por lo humano y reconocer la validez de otras perspectivas, sin olvidar que el ser humano es un sujeto que no puede ser fragmentado y objetivado en su totalidad.

La preocupación antropológica de la filosofía muestra, desde el mundo griego antiguo, cómo al ser humano se le reconoce su capacidad de asombro, su capacidad de admiración por todo lo existente y esto es posible por sus condiciones psíquicas, técnicas y artísticas, que lo conducen y le posibilitan un conocimiento universal (Gevaert, 1976, pp. 14-15). Con Sócrates, la noción de la *psyché* cobra importancia en el ser humano, ya que apunta a un principio de vida consciente con capacidad de realizar operaciones y tener conciencia de ellas; esto no es reductible a la vida de otras especies. Mientras que Platón amplía la relación alma-cuerpo y plantea la inmortalidad del alma y su función para el conocimiento, Aristóteles sigue esta relación, pero agrega el término de *ser personal*. En la actualidad, la tarea

de pensar el cuerpo en la unidad del ser personal es un esfuerzo todavía en curso, aunque se hayan realizado importantes logros en la antropología. Para Aristóteles, la educación dura toda la vida, es un proceso de perfeccionamiento y, por lo tanto, este proceso nunca termina, la educación dura tanto como dura la vida de la persona (Abad, 1997, pp. 119-139).

En el humanismo y la antropología del pensamiento moderno, ámbitos y conceptos que se interrelacionan, pretenden abarcar los niveles y facetas de lo humano tomando como centro la subjetividad humana. Es así como el progreso de las ciencias en los dos últimos siglos ha traído a la antropología filosófica cuestionamientos y retos como: reconstruir una imagen del ser humano desde los datos fragmentarios, la conjunción en la unidad del sujeto: subjetividad y materialidad, de individualidad y sociabilidad, de lo natural-sensible y lo personal-consciente, del espíritu y la dimensión temporal histórica y el riesgo de filosofar en un siglo con límites del idealismo: despersonalización y reducción a un biologismo naturalista. De esta situación, se sigue una *filosofía del ser humano* estudiando genéricamente al ser humano con su doble realización masculino-femenino, como sujeto personal y en su unidad global. Esta vuelta al sujeto que caracterizó al pensamiento moderno es lo que se ha llamado *giro antropológico*.

Desde finales del siglo XIX y en el presente siglo (Elizondo, 1993), la teología también experimenta este *giro antropológico* con la vuelta al sujeto y acentúa su preocupación por el sujeto concreto evitando la reducción a un humanismo o a una ética que objetivan al ser humano. Es así como la teología se ve obligada a reflexionar en clave de encuentro la realidad divina y humana, inaugurando una reflexión de orden antropológico teológico cuya base está en las fuentes de la revelación.

Es importante dejar claro que la teología no posee la intención de competir ni de sustituir a los restantes saberes antropológicos, sino que su tarea se centra en dar esperanza al corazón inquieto del hombre y la mujer por medio de una inviolabilidad y respeto absoluto de todo ser humano, la desfatalización de la historia y el destino personal, así como la afirmación de las posibilidades de la esperanza para el hombre y la mujer que se proyecta.

En cuanto al campo de la educación, el *giro antropológico* se percibe en la acogida que pueda dar la educación a la antropología filosófica, pues es esta la que plantea la pregunta fundamental ¿qué es el ser humano? pero además es la que incentiva a reflexionar sobre la totalidad de su existencia, dato que la educación no puede omitir, pues si bien la antropología filosófica ofrece

una visión más abarcadora del ser humano, la antropología desde el campo educativo hará su tarea de concretarla desde la perspectiva pedagógica; es decir, se trata de realizar un acercamiento al ser humano en cuanto sujeto educable. En este sentido, hablar de una antropología educativa implica abordar al sujeto desde su contexto cultural concreto y las preguntas que le acompañarán, entre otras, serán: ¿cómo educar a los seres humanos en una cultura concreta?; ¿cómo se educa al ser humano?; ¿por qué se educa al ser humano? e igualmente en el interés de encontrar esta articulación surgen dos preguntas: ¿qué es lo que la teología le puede revelar a la educación?; ¿qué es lo que la educación le puede revelar a la teología?

¿Qué es lo que la teología le puede revelar a la educación? Una respuesta aproximada puede afirmar que lo que la teología le revela a la educación es la comprensión del ser humano en términos de integralidad; en este sentido, la reflexión de la antropología teológica se constituye en un elemento de vital importancia, porque intenta explicitar la dimensión trascendental como aspecto constitutivo de la condición humana. Si bien la antropología filosófica favorece la reflexión del ser humano desde ese suelo trascendental, la antropología teológica crea las condiciones de posibilidad para leer desde ese suelo trascendental la forma como el *misterio* se autocomunica a la condición de humana. Es así como se reconoce en el hombre y en la mujer su trascendentalidad, la cual opera en la existencia generando sentido a sus acciones las cuales se ejercen en los diversos contextos. De este modo se recupera su estructura abierta, relacional, original, única e irrepetible. Aspectos que son necesarios promover desde la educación, es decir, no se puede *educar* para el ensimismamiento, el aislamiento, la adaptación, la repetición, la prepotencia, el individualismo y la autosuficiencia.

El aporte de la antropología teológica a la educación se orienta, además de lo dicho, a recuperar la dimensión relacional que caracteriza al ser humano:

El hombre es un ser que no se realiza a sí mismo más que entregándose a los demás; que no se posee a sí mismo más que abriéndose a su prójimo [...] La persona no se realiza, no se perfecciona interiormente más que en la intersubjetividad de las relaciones "yo-tú" en el seno del mundo. (Schillebeeckx, 1969, p. 205)

Esta dimensión se viene favoreciendo desde otros tres aspectos: el *misterio*, consigo mismo y con la naturaleza/realidad. Si se anula alguno de estos aspectos se afectará el desarrollo pleno de la persona, es decir, su ser, su hacer, su conocer y su convivir. En el mismo sentido, la Encíclica *Evangeliium Vitae*, afirma:

A los educadores, profesores, catequistas y teólogos cabe el deber de poner en destaque las razones antropológicas que fundamentan y apoyan el respeto de cada vida humana. De esa forma, al mismo tiempo haremos resplandecer la original novedad del Evangelio de la vida, podremos ayudar a los demás a descubrir, también a la luz de la razón y de la experiencia, cómo el mensaje cristiano ilumina plenamente el hombre y el significado de su ser y de su existir. (EV 82)

¿Qué es lo que la educación le puede revelar a la teología? Es muy probable que la educación le revele a la teología una reflexión alrededor de la formación del ser humano que se fundamenta en la *educabilidad* humana, es decir, en la disposición o en la capacidad que posee toda persona para recibir influencias y reaccionar ante ellas y así construir su propia identidad. Al respecto, Paulo Freire dice que el ser humano es fundamentalmente sujeto y no objeto de la educación; en este sentido, el ser humano es educable, es decir, que el ser humano está capacitado para ello, posee una disposición para aprender del otro(a). Igualmente, esta situación refleja una conciencia del inacabamiento y de sus causas (sociales, políticas, económicas) lo cual posibilita el camino hacia la liberación y la salida de la injusticia. Por lo tanto, ser educable es tener la posibilidad de completarse ontológicamente (Freire, 1972); lo cual, en palabras de Savater citando a los antropólogos es la *neotenia*,³ que consiste en favorecer el segundo nacimiento, que le precede al nacimiento biológico, que es el social, y que implica reconocer que el nacimiento humano es prematuro y necesita tiempo para madurarse:

Nuestra humanidad biológica necesita una confirmación posterior, algo así como un segundo nacimiento en el que por medio de nuestro propio esfuerzo y de la relación con otros humanos se confirme definitivamente el primero. Hay que nacer para humano, pero solo llegamos plenamente a serlo cuando los demás nos *contagian* su humanidad a propósito. (Savater, 1991, p. 22)

Para forjar ese segundo nacimiento se impone la necesidad de *formar formadores* y de *educar formadores*. Esta tarea abarca el ser de la persona, su interioridad, su libertad y su autonomía, porque la acción del formador en su educando es sobre todo:

[...] una labor del espíritu ya que consiste en propiciar que nazca una vida nueva, allí donde ya existe la vida [...] el *formador* es ante todo un artista que, al mismo tiempo que estimula la vida para que emerja y se afirme, le imprime su propia forma, troquela su figura en un nuevo estilo de vida [...] el taller del maestro, es su propia vida. (Remolina, 2001, p. 6)

3

Neotenia significa plasticidad o disponibilidad juvenil, que no es otra cosa que la educabilidad.

Otro aspecto que la educación revela a la teología es su reflexión pedagógica, es decir, se impone la necesidad de una *antropología pedagógica* (Xavier, 2012, p. 201), que no solamente abarque la búsqueda de sentido de la educación o la elección de material adecuado para ser enseñado y poder encontrar las respuestas a las demandas sociales, sino que ella indaga por una reflexión, en la cual la persona procure ver su propia historia desde un contexto concreto, recuperando así el carácter cultural y social de lo antropológico. Además, esta pedagogía favorece el movimiento dialéctico entre lo individual y lo social, es decir, se trata de reconocer que la formación individual solo puede ser comprendida cuando ha sido construida socialmente desde la cotidianidad.

A modo de conclusión

La relación entre teología y educación es posible por el interés que ambas manifiestan sobre el ser humano. Es evidente que las dos disciplinas al confluir en el campo de las ciencias humanas aborden al ser humano con la intención de favorecer su desarrollo y crecimiento. Para este fin, la teología cuidará la estructura trascendental que es constitutiva a la condición humana y desde ella reflexionará la presencia de Dios en la historia. Lo anterior genera conciencia de que es imposible pretender anularla. Igualmente, la educación se orientará a cuidar la formación que necesita el hombre y la mujer a partir del contexto en que se viven. Para ello, la educación debe priorizar aspectos vitales como el ser, el hacer, el conocer y el convivir.

Tanto la teología como la educación, en diálogo permanente, deben apostar por una antropología integral en la que se enfatice los diversos aspectos, que en orden a la identidad se vienen descubriendo. En este sentido, la perspectiva de género se constituye para ambos campos en una fuente de análisis para comprender, antes que juzgar, las nuevas identidades, los nuevos papeles que desempeñan tanto hombres como mujeres, los valores y las actitudes que son necesarias cultivar en un mundo diverso y en transformación.

En definitiva, se trata de apostar por enfoques educativos y teológicos nuevos que estén comprometidos con el cambio de la realidad y que permitan, sobre todo, fortalecer la dignidad de la persona. Por ello:

Debemos ser conscientes, pues, de que otra educación es posible desde la perspectiva de acoger la diferencia y de reequilibrar la desigualdad, todo ello en un

contexto caracterizado por una profunda crisis de la educación, una crisis de expansión y de universalización. Esta situación requiere nuevos enfoques en su tratamiento; no podemos abordar la educación del presente con recetas del pasado, y muchos menos podremos afrontar la educación futura con presupuestos caducos: “una crisis nos obliga a volver a plantearnos preguntas y nos exige nuevas o viejas respuestas pero, en cualquier caso, juicios directos. Una crisis se convierte en un desastre sólo cuando respondemos a ella con juicios preestablecidos, es decir, con *prejuicios*” (Arendt, 1968, p. 186) En educación, efectivamente, hay muchos prejuicios. La atención a la diversidad es uno de ellos (Prats, 2007, p. 143)

En este proceso de transformación a la que está llamada la educación, la teología debe constituirse en un escenario de apoyo que posibilite dicho transcurso y no tanto abogar por cuestiones caducas, sino presentar el rostro de Dios como una experiencia que mueve hacia lo nuevo, que alimenta el espíritu de búsqueda en la que hombres y mujeres encuentren su lugar.

Referencias

- Abad, J. (1997). *Introducción a la filosofía*. Madrid: McGraw-Hill.
- Baena, G. (2011). *Fenomenología de la Revelación. Teología de la Biblia y hermenéutica*. Estella: Verbo Divino.
- Boff, C. (2005). Teología. En *Nuevo diccionario de teología*. Madrid: Trotta.
- Delors, J. (1996). *La educación encierra un tesoro. Informe a la Unesco de la Comisión Internacional sobre la educación para el siglo XXI*. Madrid: Santillana/Unesco.
- Elizondo, F. (1993). Antropología. En F. Casiano y J.J. Tamayo (Dir.). *Conceptos fundamentales del cristianismo* Madrid: Trotta.
- Freire, P. (1972). *La pedagogía del oprimido*. Buenos Aires: Tierra Nueva y Siglo XXI.
- Gadamer, H. G. (2000). *La educación es educarse*. Barcelona: Paidós.
- Gaitán, C. (2001). *Formación Aproximaciones a su sentido*. En G. Remolina, G. Baena y C. A. Gaitán. *Tres palabras sobre formación*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Educación.
- Gevaert, J. (1976). *El problema del hombre. Introducción a la Antropología filosófica*. Salamanca: Sígueme.
- Juan Pablo II. (1995). Encíclica *Evangelium Vitae*. Roma.
- Loneragan, B. (1994). *Método en Teología*. Salamanca: Sígueme.
- Mirabilia, P. (2011). *La coeducación en el siglo XXI*. Madrid: Colectivo Yedra.
- Prats Gil, E. (2007). Retos y escenarios para la construcción de identidades múltiples: una perspectiva pedagógica. En E. Prats Gil (Coord.). *Multiculturalismo y educación para la equidad*. Barcelona: Octaedro.
- Real Academia Española. *Diccionario de la Lengua Española*. Vigésima segunda edición

- Remolina, G. (2001). Educar formadores. En G. Remolina, G. Baena y C. A. Gaitán. *Tres palabras sobre formación*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Educación.
- Ruiz, M. (2011). ¿Qué es educación? La educación y sus rasgos característicos en la sociedad del conocimiento. En M. López Jurado (Coord). *Educación para el siglo XXI*. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- Sanches, M. A. (2012). A teologia e a dimensão ética da prática educativa. En E. Figueira y S. Junqueira. *Teologia e Educação. Educar para a caridade e a solidariedade*. São Paulo: Paulinas.
- Savater, F. (1991). *El valor de educar*. Barcelona: Ariel.
- Schillebeeckx, E. (1969). *Dios y el hombre*. Salamanca: Sígueme.
- Taringa (s. f.). *Teología*. Recuperado de <http://www.taringa.net/posts/info/10226688/Teologia.html>.
- Velasco, J. M. (2004). Dios, Misterio santo, en la historia de las religiones. En *Vivir en Dios. Hablar de Dios, hoy*. Salamanca: Instituto Superior de Pastoral. Universidad Pontificia de Salamanca. Verbo Divino.
- Xavier, D. (2012). A educação como missão da igreja no Magistério eclesial. En E. Figueira y S. Junqueira. *Teología e Educação. Educar para a caridade e a solidariedade*. São Paulo: Paulinas.

